

Olvidad el paraíso

Antonio Zugasti

Cristiano de base.

Militante de Izquierda Unida.

El ideal añorado

«Y por eso quedáis expulsados del Paraíso». Inmediatamente después, otra voz, con tono amistoso y jovial, nos tranquiliza: «pero no se preocupe, porque hay un nuevo Paraíso para usted a pie de playa. En la urbanización...»

Por la mañana, cuando todavía vibra el despertador que ha roto violentamente nuestro sueño, mientras desayunamos apresurados y nos disponemos para otra jornada de trabajo estresante, la radio nos pone, junto a la taza de café, la añoranza de la felicidad perfecta. Sin tráfico, sin horarios, sin jefes, sin crisis, en arenas doradas, bajo un sol acariciante: *el Paraíso*.

Un endeble chalet, junto a una playa atestada: ¿es eso el Paraíso? Un engaño demasiado burdo. Nadie reconocerá haber caído en él. Si le preguntáramos al comprador, ese buen hombre que ha conseguido reunir unas cuantas pesetas trabajando como un tailandés, aseguraría que él no se engaña, que ya sabe que eso no es el Paraíso. Pero se compra el chalet y firma las letras que le van a tener agua al cuello una buena colección de años. Nuestra civilización no cree en el Paraíso, pero... lo busca.

Imaginado en el principio y en el final

Ramón Tamames, en una de sus últimas obras, *La reconquista del Paraíso*, se refiere a esta búsqueda. Recuerda «la idea antigua y lejana, pero permanente, del paraíso... como lugar situado fantásticamente en nuestra mente, a modo de ensueño colectivo de una felicidad saciable *sine die*». Cita palabras de Mircea Eliade: «los mitos de muchos pueblos hacen alusión a una época

muy lejana, en la que los hombres no conocían ni la muerte, ni el trabajo, ni el sufrimiento, y tenían al alcance de la mano abundante alimento». El deseo, consciente o inconsciente, de recuperar ese ideal ha empujado a la búsqueda de una *tierra de promisión* o a la construcción de una *utopía* paradisíaca.

Paralelas a los mitos y leyendas sobre el origen, están las creencias religiosas sobre el final. «Luego ví un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap. 21, 1-4). Musulmanes, vikingos, indios americanos o polinesios, todos han imaginado vivamente la inmortalidad feliz que aguarda al creyente fiel, tras su azarosa vida terrena.

Todo ello es expresión del anhelo humano de felicidad. El hombre es un ser abierto a un horizonte infinito y que, como dice Aranguren, tiende necesariamente a la felicidad. Está llamado irresistiblemente por ella, desde todo ese horizonte al que se abre su espíritu. Su aspiración a la felicidad no conoce límites. Y es en el terreno de lo religioso, del mito, de la magia, donde la humanidad, desde sus albores, ha esperado encontrar el cumplimiento de sus deseos más profundos, alcanzar, más allá de esta vida, ese mundo maravilloso, sobrenatural, donde el hombre pudiera vivir perpetuamente la felicidad ansiada.

Nos lo ofrecen en el presente

Hoy, una concepción positivista de la ciencia y una secularización radical han mandado los sueños al psiquiatra, lo mágico al circo y lo sobrenatural al museo. Como constata Tamames, «para la inmensa mayoría, en el fondo de

sus creencias, sólo existe el más acá». En el más acá, pues, es donde el hombre se lanza a saciar su inagotable ansia de felicidad. Y en un más acá que ha visto fracasar la construcción de un *paraíso socialista para todos*. Sólo queda buscar cada uno su propio bienestar.

Desorientado, confuso, le llega al hombre de nuestro tiempo una avalancha ensordecedora de sonoras promesas de felicidad. Unas son desvergonzadamente explícitas: «¿qué tienen las ofertas de Continente que hacen tan feliz a la gente?». Otras son mucho más sutiles: «No se prive de nada. Lo conseguirá comprando un SEAT Toledo»; «Coca-Cola, la chispa de la vida. No se quede en una existencia apagada y gris, ¡póngale chispa a la vida!». Hasta el hechizo de la magia puede ser tuyo: «¿Quieres involucrarte en la magia de las sensaciones? Archer's las pone en tu copa. Archer's. El gran licor de melocotón». Mil cercanos paraísos que se ofrecen tentadores.

El dinero es el que nos proporciona la entrada a todos ellos. El nos da la felicidad, es nuestro salvador. Los viejos dioses han desaparecido o se han refugiado en los templos. Las utopías han muerto. Desde su trono de Banesto, Mario Conde proclamaba: «aquí no hay compartimentos estancos, aquí no hay más que una sangre, que es el dinero, que circula por todo el cuerpo económico». Otra vez los viejos mitos: la sangre, la vida. El dinero da la vida a todo el cuerpo económico. Y es tan voraz, que lo económico invade y aplasta todos los demás aspectos de la vida humana. El dinero ocupa el trono celeste del que Freud y Marx pretendieron expulsar a los antiguos ocupantes: «no hay más dios que el dinero, y el mercado es su profeta».

Nos consumimos para poseerlo

La posesión de unos bienes, de una cierta riqueza, ha perdido el relativamente modesto papel de medio, que permite al hombre conservar su vida y le facilita la dedicación a unas tareas gratificantes. La riqueza ha pasado a ser un fin en la vida del hombre. Un fin que lo mutila, lo reduce a una única dimensión.

La fiebre del consumo es un picor que crece al rascarse, sometiendo a sus víctimas a una agitación sin descanso. Sísifo, empujando trabajosamente su roca montaña arriba, para que el Destino la hiciera rodar ladera abajo en cuanto tocaba la cumbre, es una perfecta imagen de los trabajos que la sociedad de consumo impone a sus fieles. Ansiosamente sube uno la cuesta, empujando su ilusión por el chalet soñado, el rincón ideal donde descansar de tanto trabajo, y en cuanto llega arriba... descubre que en la urbanización próxima están construyendo unos mucho mejores. «¡Qué chalets! Eso sí que es una maravilla. ¿No podría vender éste y...?» Y otra vez con su roca cuesta arriba.

Con desastrosas consecuencias

El consumismo es totalmente incapaz de dar respuesta al ansia de encontrar, por fin, un satisfactorio paraíso. Todo lo contrario. Una de las características del paraíso es la paz. En cambio, en un mundo de recursos limitados, el afán de consumo indefinido lleva al enfrentamiento de todos contra todos. La mayoría aplastada en la lucha experimenta que su vida se acerca más al infierno que al paraíso. En el Tercer Mundo, 2.000 millones de personas se consumen, sin opción siquiera a consumir. En nuestro mundo, el Edén acaba en la alienación del individuo y en el colapso de los valores sociales y éticos. El fracaso humano de esta sociedad se muestra llamativamente en los grupos marginales, los *yonquis* y los *homeless*, el crimen implacable y la violencia maligna y sin sentido. También se manifiesta calladamente en las vidas desesperadas pero silenciosas, en los hombres y mujeres que, sintiendo que su día a día es monótono y degradante, son incapaces de vislumbrar o proponer nuevas alternativas, en los ejércitos de jóvenes que pasan de todo, en los ancianos que terminan sus vidas solitarios y abandonados, en las minorías marginadas o perseguidas, en las audiencias aletargadas y estupefactas ante la pantalla del televisor.

Ni siquiera los triunfadores alcanzan su paraíso. La pasión con que el multimillonario trata de aumentar su fortuna y poder es la prueba más palpable de que los millones ya conseguidos no le han hecho feliz. Cuando el que tiene cien mil millones está dispuesto a pisar cabezas para no quedarse ahí y seguir adelante, toda su actividad está reflejando la inquietud, la insatisfacción que reina en los niveles más profundos de su persona. En esos niveles profundos a los que no llegan los palacetes, los yates ni las amantes. El hondón del alma está vacío. A lo más que puede aspirar es a no darse cuenta de ese inquietante vacío.

También nuestro planeta sufre la agresión del consumismo voraz. Cuando 1500 científicos de todo el mundo, entre ellos 99 premios Nobel, firman un manifiesto advirtiendo que nos estamos acercando peligrosamente a los límites de la Tierra, el famoso Plan Delors para combatir el paro en Europa a base de acelerar más el crecimiento económico es un buen ejemplo de la demencia senil que sufren nuestro sistema económico y nuestra forma de vida.

Buscar por otro camino

Los resultados son tan malos que nos invitan a buscar en una dirección diametralmente opuesta. Aranguren, con una profunda sabiduría, nos enseña que «la felicidad absoluta... es un don que se recibe desde el desprendimiento, la despreocupación y la esperanza». El paraíso vuelve a su terreno: *la esperanza*. La esperanza creyente del que confía en llegar algún día a ese Reino preparado por el Padre para los que dieron de comer al hambriento. O bien la esperanza atea, que con tanta profundidad expresó Ernst Bloch. Cuando se abandona la esperanza, hay que recurrir a algo para aturdirse. El consumismo alienante es la forma más extendida. Un intento desesperado para evitar la angustia, para huir de esa «lucidez permanente que acabaría con nosotros» de la que habla Gabriel Albiac.

Por otro lado, a la felicidad absoluta debemos reconocerle su carácter gratuito, sorpresi-

vo, algo con lo que la vida un día nos regala, sin que tenga nada que ver con nuestro éxito en la tarea de acumular millones. Algo que puede entrar en un alma abierta por la generosidad y la confianza. Algo que choca con la coraza impenetrable del egoísmo y de la ambición.

Asumiendo nuestras limitaciones

La condición humana actual no permite aspirar a un paraíso. Cuesta asumirlo, pero, si no lo hacemos, vamos a una frustración segura. En cambio, podemos mantener, con Bertrand Russell, que ciertamente está a nuestro alcance «tanto bienestar como una persona razonable pudiera desear». Lo que se trata es de ser razonables. Confundir los dos planos, el paraíso esperado y el bienestar actualmente posible, no es razonable y puede crear expectativas dolorosamente insatisfechas.

Tamames, en la obra citada anteriormente, cae en esta confusión: «ha de participarse de la firme confianza de que el Edén anunciado existe en verdad; y de que es posible acercarse a él, ubicarlo y conquistarlo». Pero, cuando llega el momento de concretar esa Utopía, se queda en un «desarrollo humano que se ha definido como el proceso conducente a ampliar la gama de opciones de las personas; para que dispongan de mayores oportunidades de educación, atención médica, empleo, entorno físico y libertades económicas y políticas». Final muy decepcionante, cuando lo que se tiene en la imaginación son los esplendores del Edén.

El reconocer que el paraíso está más allá de nuestras posibilidades no supone asumir la mediocridad y la desazón. Cito otra vez a Aranguren: «cuando el hombre llega a ser el que tenía que ser, cuando realiza su perfección y vocación, está constituyendo *el perfil de su existencia feliz*». Es, pues, en el continuo trabajo de realización propia donde perfilamos una existencia feliz. Una tarea apasionante para cada día de nuestra vida.

La esperanza de la Utopía Posible

Partiendo de estas posibilidades reales, olvidados del mítico paraíso y asumiendo todo el inevitable agrisulce de la vida humana, tenemos que recuperar la esperanza y el entusiasmo por la Utopía Posible.

No se trata sólo de señalar la catástrofe humana y ambiental a que nos lleva la sociedad de consumo. No es suficiente hurgar en las grietas de la *sociedad satisfecha*, para sacar a la luz la imponente dosis de insatisfacción que encierra. Ni prevenir del carácter autodestructivo de la *cultura de la satisfacción*, como hace Galbraith. Una visión catastrofista, aunque el desastre amenazante sea muy real, puede inmovilizar en el fatalismo y en la pasividad.

Mucho más importante es recalcar las enormes posibilidades que hoy tenemos. Que tiene la humanidad, avocada a dar un paso crucial

en su desarrollo evolutivo, en su incesante proceso de humanización, en el crecimiento de sus facultades más elevadas. Posibilidades de lograr un modelo de bienestar no consumista, un *bienestar sostenible*, que se apoye, precisamente, en esas facultades superiores del hombre. Posibilidades de recuperar como factores de liberación el desarrollo económico y los portentosos avances científicos y técnicos de nuestra civilización. Recalcar el entusiasmo y la esperanza ante la tarea de superar los mayores desafíos con que la humanidad se ha encontrado a lo largo de su historia. Y recalcar también las posibilidades que, trabajando en esa tarea común, tenemos cada uno de nosotros de perfeccionarnos, de conseguir de hecho lo que somos en proyecto y de alcanzar, con esa realización, la más profunda felicidad que cabe en la existencia humana. **A**